

01

9201

4271

9201



LA LEYENDA DE LAS FLORES.

Stovpa 29 Lulu  
1885-

Camiliano J. Pajon

10010

EMILIANO G. PAJARES.

---

# La Leyenda

DE

# las Flores.



---

ASTORGA:

IMPRENTA, LIBRERÍA Y ENCUADERNACIÓN  
DE LORENZO LOPEZ.

—  
1885.

R/7217





Sr. D. Santiago Alonso y Garrote.

**M**I DISTINGUIDO Y ESTIMADO AMIGO: Considero como imprescindible deber, pero deber que cumplo gustosísimo, dedicar al Director de *El Maragato* la primera de mis obritas poéticas, escrita como todos mis trabajos, sin pretensión de ningún género.

No únicamente por amistad, sinó también por compañerismo, te dedico esta leyenda, á la que no he hecho más que dar forma.

Prodújome impresión vivísima cuando, por vez primera y en el language poético y sencillo de los hijos de Galicia, la relató mi ilustrado colega é inolvidable amigo José Martínez Fontenla.

Como desconozco el dialecto gallego, ignoro si algún vate de esa región se habrá hecho cargo de esta romántica é interesante tragedia popular, que según mi amigo Fontenla corre en boca de los sencillos campesinos de la provincia de Pontevedra.

Galicia es el país de las leyendas. ¡Lástima que la censurable apatía de sus hijos, y el desdén que hasta ahora se ha mostrado por el dulce y armonioso dialecto gallego, contribuyan á enterrar en el olvido esas verdaderas joyas literarias del pueblo!

De los poetas gallegos es lícito esperar mucho. Si mi súplica tuviera algún valor, rogaría al inspirado Curros Enríquez que nos diera á conocer, en la forma que él solo sabe y puede, esos inagotables tesoros poéticos del bello país de la *muñeira*.

Necesito consignar que el contenido de mi obrita pertenece por entero al pueblo gallego. Si hay bellezas á él le corresponden. Yo recabo para mí la responsabilidad de una interpretación defectuosa é incorrecta, propia de todos mis trabajos literarios, pero con especialidad de estos que hoy comienzo.

Permiteme amigo Santiago, que ántes de finalizar esta carta, envíe la expresión de sincero reconocimiento á mi distinguido colega Sr. Martínez Fontenla.

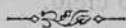
Espero que acogerás con la indulgencia de siempre este pobre trabajo. Si le estimas como prueba de leal amistad, están satisfechos los deseos de tu compañero

EMILIANO G. PAJARES.

# LA LEYENDA

DE

# LAS FLORES.



I.

Entre riscos y peñascos,  
á orillas del mar inmenso,  
álzase enhiesto y gigante  
feudal castillo altanero.  
Las olas embravecidas,  
vendavales, ventisqueros,  
tempestades y borrascas,  
se aplastan en el cimiento.

¿Cómo abatirle pudieran  
las ondas del mar soberbio,  
si en él no dejó su huella,  
la dura mano del tiempo?

. . . . .

Al lado opuesto está el valle,  
plácido, tranquilo, ameno,  
con sus agrestes viviendas  
y su purísimo cielo.

¡Qué tranquilas son las horas  
de las veladas de invierno,  
y qué soláz proporcionan  
del viejo abuelo los cuentos!

Sobre algunas leves pajas,  
tal vez en el duro suelo,  
después del rudo trabajo....  
¡qué bien se concilia el sueño!  
En cambio en lecho de pluma  
el castellano altanero  
quiere, aunque en vano, entregarse  
en los brazos de Morfeo.

Duro lecho, la borona,  
gran apetito y buen sueño;  
muelle cama, gran banquete,  
inapetente y despierto.

Dios bendijo la pobreza  
y Dios sabe lo que ha hecho.  
¡Más feliz que el castellano,  
es el humilde pechero!

## II.

Habitaba el castillo un noble anciano,  
valiente, poderoso y altanero,  
que en lid con el valiente mahometano,  
tiñó de rojo su brillante acero.  
Solo de aquella edad recuerdos gratos  
le quedan, que el placer, la bizarría,  
suelen ser los delirios insensatos,  
que el hombre paga en la vejez sombría.  
Grato consuelo de su triste vida,

sola alegría de su sorda pena,  
es la bella Rosaura, hija querida  
más pura que la nítida azucena.

Ella es su solo amor, su tierno encanto,  
su más grata ilusión, dulce consuelo,  
siempre sueña en su amor, la quiere tanto  
como debe quererse al Dios del cielo.

Pedidle que la dé su sangre entera,  
y cien vidas contento la daría,  
pero no le pidais á aquella fiera  
nada que menoscabe su hidalguía.

Son Rosaura y su honor sus ilusiones,  
pero siempre prefiere su fiereza  
entre el amor de Rosa y los blasones,  
los vetustos escudos de nobleza.

### III.

En una casa agreste y escondida  
vive un gallardo mozo, un marinero,

que mantiene á su madre desvalida  
y es de los buenos hijos, el primero.  
Ha ya tiempo la madre cariñosa  
notó en Leonardo pena tan extraña,  
que no duerme, sosiega ni reposa  
y la alegría huyó de la cabaña.  
¿Será quizá un amor sin esperanza,  
la sola causa de su triste pena?  
Este solo motivo se le alcanza  
y la turba, contrista y enajena.

## IV.

En una noche oscura y silenciosa,  
sin estrellas ni luna plateada,  
del castillo feudal junto á la fosa,  
se oye la voz de un alma enamorada.—  
Es el gentil Leonardo, es el marino  
que acaricia tal vez una quimera.  
En la ventana un bulto blanquecino;

es Rosaura, radiante y hechicera.  
Se oyen frases de amor, de amor sublime,  
después la voz del castellano fuerte.  
Suspende el bardo la canción y gime:  
la bella Rosa se desploma inerte.  
La negra sombra de la noche oscura,  
la fuga protegió del marinero,  
que pronto se internó por la espesura;  
desencajado, trémulo y ligero.

## V.

Cuando Rosa volvió de su desmayo  
y recordó la enamorada escena,  
miró á su padre, humilde y de soslayo  
tratando en vano de ocultar su pena.  
—Escucha, Rosa, el castellano dijo:  
algún pobre hidalgüelo te enamora.  
Eres la prometida de Clavijo;  
es inútil tu llanto, llora, llora....



pero olvida ese loco desvario.

—Jamás, jamás, aun cuando yo quisiera que nunca lo querré, no, padre mío.

—¿Nó comprendes que basta que yo quiera? ¿Y quién es el hidalgo pretencioso?

Dime, Rosaura, dí ¿quién es el bardo?

—Es un pechero altivo y generoso, es un bravo marino, es Leonardo.

—¡Amar á un siervo tú, siendo mi hijal  
¡Mezclar mi sangre con la de un villano!  
Pése á tu lloro y aflicción prolija  
al de Clavijo prometí tu mano.

Es mi resolución, seca tu llanto;  
ganamos en las nupcias gran ventaja,  
y mira, Rosa, aunque te quiero tanto,  
ántes que el marinero, la mortaja.

## VI.

Yá las oscuras sombras  
de la noche callada,

escóndense y dán paso  
á la luz ténue y clara  
del sol que en el Oriente  
muestra su faz de grana.

De la esbelta cornisa  
cuelga atrevida escala;  
ya está la bella Rosa  
en la ojiva ventana;  
ya está al pié de los muros  
fijando la mirada  
el gentil Leonardo  
en su hermosa Rosaura.

Sube, avanza atrevido  
por la lijera escala  
y arrójase anhelante  
en brazos de su amada.

Despues muy lentamente  
por la escalera baja,  
en sus hombros llevando  
á su preciada carga.

Huyen, él muy contento

ella muy contristada....  
¡que queda en el castillo  
el padre de Rosaura!

. . . . .  
Allende el espeso bosque  
una ermita solitaria  
es de anciano anacoreta  
sepulcro, que no morada.

Él es de los penitentes  
consuelo y paño de lágrimas,  
allí buscan su consejo  
los pecheros y las damas,  
porque en todos los lugares  
es la virtud respetada.

La fama del monje corre  
por las aldeas cercanas,  
y el sencillo campesino  
solicita las plegarias  
del padre Luis que es un santo  
y el favor del cielo alcanza.

## VII

Cruza sonriente el bosque  
la pareja enamorada,  
y sus pasos encamina  
hacia la ermita sagrada.  
El padre Luis en el átrio  
les espera; su mirada  
refleja bien claramente  
la tempestad de su alma.  
—Padre, vuestra bendición  
y también vuestras plegarias.  
—¿Qué os aflige? lo sospecho.  
La resignación cristiana  
es la mejor consejera,  
es el remedio del alma.  
No de mundanas pasiones  
voz vertiginosa y brava.  
Al ilustre castellano

¿no comprendes tú, Rosaura,  
que al abandonarle ¡ay, triste!  
agudo puñal le clavas?

Y tu Leonardo el bizarrón  
como dicen tus paisanas,  
si tus pasiones no vences,

¿para cuándo el valor guardas?  
¡Qué poco para tí vale  
tu madre desventurada!

—Basta padre; soy un mónstruo,  
no me aconsejeis la calma.

¡Calma yo y tengo en el pecho  
tan espantosa borrasca!

Pedidme mi sangre toda  
y contento me arrojára

solo por vuestro capricho  
á la mar rugiente y brava,

pero nunca me pidais  
el que olvide á mi Rosaura;

por su amor diera gustoso  
la salvación de mi alma.

—Calla, calla desgraciado  
porque me aturde tu audacia...  
y que Dios no tome en cuenta  
esa blasfemia satánica.

—Padre, amor es su delito  
y Dios perdona al que ama:  
dadnos vuestra bendición,  
que desconsuela y espanta  
ver que mi amor, mi delirio  
que me enloquece y halaga,  
es mundano y es impuro;  
hacedle, Padre, sin mancha.

. . . . .

—Es imposible, Rosa, es imposible.

—Decidme la razón.

—Ah! desgraciada!  
Tu amor á Leonardo es un gran crimen;  
vuestro padre es el mismo... eres su hermana!

## VIII.

Escena larga, muda, silenciosa:

cubren las nubes el azul del cielo,  
el rostro oculta la inocente Rosa,  
trémula, delirante, sin consuelo.

Al cielo el venerable anacoreta  
dirige una plegaria fervorosa,  
pero se nota en su mirada inquieta  
que un presagio fatal, torpe le acosa.

Ruge la tempestad en el espacio;  
abatidos Rosaura y Leonardo,  
se despiden y parten muy despacio,  
la doncella llorosa, triste el bardo.

—Leonardo la vida es imposible.

—Imposible es tu amor Rosa querida.

—De mí se enseñorea idea horrible.

—Ay! Despues de morir está la vida.

No más vacilación, fiero combate

sostienen mi razón y mis deberes.

—Es un crimen mi amor y por tí late  
con furia el corazón.

—Dí que me quieres...  
y en fuego destructor mi pecho estalle.

¿Nó ves allí al través de la neblina,  
la peña colosal que en todo el valle  
se divisa gigante y le domina?

Si es nuestro amor un crimen, si es un vicio,  
ya la vida nos sobra y nos abruma;  
sea lecho nupcial el precipicio,  
y cante nuestro amor la densa bruma.

## IX

Atravesando el bosque solitario  
llegan al pié de la empinada roca;  
lo mismo que Jesús en el Calvario  
la sonrisa dibújase en su boca.  
Y al subir por la rápida vertiente,



con la cruz de su amor, que es cruz pesada,  
con voz entrecortada y balbuciente  
dice Leonardo á su Rosaura amada.

—Al llegar á la cima de esta peña  
termina mi existencia sin ventura.

¡Oh tierra miserable, cuán pequeña  
eres mirada desde cierta altura!

Tranquilo, sin pesar, yo te abandono;

querer es mi delito, de amor muero,  
las injusticias de tu ley perdono.

¡Misericordia,—oh Dios—para el pechero!

—Y Dios no la tendrá; que es un gran crimen  
privarnos de esta mísera existencia.

—¿Será tal vez delito en los que gimen  
las lágrimas secarse?

—La conciencia  
díceme que el suicidio es cobardía;  
preciso es soportar vida penosa.

—Cobarde cual mujer; viendo voy Rosa  
que es tu jurado amor... hipocresía.—

## X.

De la altiva y dura roca  
tocan la encumbrada cima.

A sus piés horrendo abismo  
y la tempestad arriba;  
el fuerte viento del Norte  
las olas del mar agita.

Los encontrados afectos,  
y las pasiones antiguas,  
los corazones desgarran  
y á los amantes abisman.

Más horrible que los truenos,  
más que la profunda sima,  
mucho más que las borrascas  
de la mar embravecida,  
es el tormento del bardo  
y el pesar de Rosalía.

—Acabe nuestra existencia;  
y si el amor que decías,

no era liviano capricho  
ó faláz hipocresía,  
que en el abismo profundo  
terminen nuestras desdichas.

—Imposible, Leonardol  
Existe algo que me liga,  
que me sujeta y atrae,  
me retiene y me esclaviza.

—¡El cariño de tu padre,  
la deshonra de mi vida!

—Y aquellos santos consejos  
que, sentada en sus rodillas  
me daba con mil halagos  
mi madre cuando era niña.

—¿Qué tengo dentro del pecho  
que tanto me mortifica?

—Es quizá filial cariño.

—¡Pobre anciana desvalida;  
ya no cerrará tus ojos  
aquel que era tu delicia!

. . . . .

—¿Qué resplandor tan siniestro  
á lo lèjos se divisa?

—Es el fuego que devora  
alguna casa vecina.

—No, Leonardo, es el castillo.

¡Oh, padre del alma mia!  
El cielo venga tu ultraje  
y mis pecados castiga.

¿Nó oyes voces enojadas?

—Es la tempestad bravía.

—Nó, que es la voz de mi padre.

¿Oyes? ¡Rosaura, maldita!

—Ilusiones engañosas  
de la mente que delira.

—Garra del remordimiento  
en el pecho de una hija.

—Las llamas se enseñorean  
del castillo y le dominan.

—¡Qué ruido tan espantoso!

—Es tu casa que se arruina.

Rosaura, me perteneces,

nada ya al mundo te liga,

—Ya soy tuya, Leonardo.

ya nos espera la sima....

y termine en el abismo

el amor que nos mancilla.

## XI.

Transida de pesar y de amor loca,  
abraza al bardo con abrazo estrecho,  
arrójanse de lo alto de la roca,  
y les presta el abismo nupcial lecho.

. . . . .  
Las airadas ventiscas ya no agitan  
las olas de la mar fiera y altiva,  
ni de las nubes ya se precipitan  
relámpagos fugaces de luz viva.  
Ya canta el ruiseñor en la enramada,  
saturando el ambiente de poesía,  
celebran sus gorgoros la alborada,  
y nace esplendoroso el nuevo día.

## XII.

En el lugar del suceso,  
entre peñas y entre riscos,  
refirióme esta leyenda  
un aldeano sencillo.

—¿Oís un ruido lejano?  
preguntóme el campesino.

—Son—le dije—olas que chocan  
en las peñas de granito.

Más me contestó mi guía  
por extremo convencido.

—Son gritos de un alma en pena,  
la del señor del castillo.

¿Veis esas ROJIZAS FLORES  
que esmaltan los verdes trigos?

—Es la silvestre amapola.

—No es eso señor, me dijo,  
es la SANGRE de Rosaura

y de su amante el marino.

---















THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
LIBRARY